

años, sin más arrimo que mi espada y mis altivos pensamientos: en el semblante mucha alegría, continua afabilidad en las palabras, grato á mis amigos, benévolo para con mis contrarios, en las letras el solaz de mi alma, en pelear contra infieles el entero cumplimiento de mi deseo.

—Prosiga vuesa merced, que el encanto más poderoso de mi esperanza ahora sería oír de sus labios algo de aquella batalla, en que estuvo una persona tan de todo mi aprecio.

—Con el debido os respondo, dijo Cervantes.

—Acepto y estimo en mucho esa palabra por ser de quien es.

—Cuando llegó á mis oídos, prosiguió Cervantes, la nueva de que se aprestaba la Armada para combatir la prepotencia del Turco, me pareció que mi madre en España levantaba al cielo sus brazos para ofrecerle su hijo, y que me decía: «No naciste para mí, ni para tí mismo tampoco, sino para solo tu Dios y para la defensa de tu patria.» Respondí á aquella voz alistándome de soldado en la empresa. Si hice bien, no lo pregunteis á persona, preguntadlo á vuestro pensamiento. «Por tu ley, por tu rey y por tu grey, pondrás la vida al tablero», harto sabeis que es la cartilla de la hidalguía española. Como hidalgo, no pude menos de ir donde me indicaba tan generosa doctrina. La campana con sus vehementes sonos atronó nuestros oídos llamándonos á embarcar. Todos íbamos alegres: los que á muertes á muertes, los que á heridas á heridas, los que á cumplida y felicísima victoria á victoria felicísima y cumplida. Me puse al servicio

de España en las galeras de Juan Andrea de Oria, entre soldados señor y compañero, amigo y dueño, general y hermano, vivo ejemplo de virtuosa imitación en todo, de imperturbable paciencia, indiferente al peligro propio, procediendo siempre con el valor, el sufrimiento y la cordura que pedían los tiempos y las ocasiones. Llegamos á Mesina con las once galeras el día dos de Setiembre de 1571 años.

Vimos en aquel puerto las del señor Don Juan de Austria, las sesenta de Venecianos, y otras muchas, distinguiéndose la gigantesca de aquel príncipe. Imagino estarla contemplando con aquella misma admiración tan propia de mi edad. En la media popa descubríamos la figura de Tetis, en relieve, en el lugar del gobernalle y entre dos águilas doradas con perfiles negros, *que hacia una hermosísima muestra á los que estábamos en el mar mirándola* (1). Dos leones, dorados también y de proporción casi natural, tenían en las manos las armas de Austria y el Tusón. Las cuatro efigies de las virtudes cardinales, sentadas, asimismo divisábanse en la media popa. Pintadas estaban y con tal resplandor, *como si fueran de tela de oro y sus encarnaciones verdaderas*. Entre los términos de ellas veíanse pinturas de la historia de Jasón, como la nave de Argos, la pelea del Toro, y algunas más. Otros tableros de pintura ornaban la popa con historias peregrinas.

Atraído por la hermosura y grandeza de aquellas obras, aproveché la oportunidad de haber un día salido

(1) Mallara, MS. citado.



á visitar otras naves de la armada del señor Don Juan de Austria, y pasé con algunos amigos á ver la Galera Real. ¿Qué maravilla á los ojos y al entendimiento? Toda estaba adornada con pinturas é imaginería, en cuadros, términos y frisos y labores de oro, apropiadas á la empresa. Allí pude ver de cerca lo que de lejos había admirado: la pintura de la nave Argos, para la conquista del Vellocoino, aludiendo á que el príncipe alcanzaría del Asia victoria; la pelea de Jasón con el Toro, recuerdo de la destreza y virtud que corresponden al capitán: las figuras entalladas de medio relieve, la prudencia con un espejo en la mano; la templanza, una doncella con un vaso en la diestra y en la siniestra otro; la fortaleza, con una columna; y la justicia, con la espada y la balanza: de imagen á imagen corria un friso de angelillos, puestos en festones, *que se iban dando y trocando los unos á los otros las insignias de dichas virtudes, para denotar la unión y conformidad que debe haber entre todas* (1).

Por la galera no se veía otra cosa que cuadros y figuras alegóricas, debidas al pintor y escultor sevillano Juan Bautista Vazquez, en prosecución del pensamiento del Bergamasco. ¿Qué era mirar acullá á Marte, armado con la espada de Vulcano y defendido por el escudo de Palas? Que Don Juan vengaría los agravios de la cristiandad, contra el poder de los infieles. ¿Qué significaba Neptuno en su carro, con un mancebo vestido de capitán, al uso antiguo, y entregándole las riendas de sus caballos marinos? Don Felipe II confiando á Don Juan de Austria la empre-

(1) Mallara, MS. citado.

sa. En una parte se divisaba á Mercurio, con el dedo en la boca imponiendo silencio, en señal del recato y secreto que cumple al buen capitán. En otras partes resplandecian figuras alegóricas: Palas armada, en muestra de saber y prudencia; Ulixes puesto al canto de las sirenas, tapándose los oídos con las manos; el Tiempo, en carro tirado de ciervos, con la Ocasión, y un mancebo con insignias de capitán, que tenía con una mano asido el reloj del mismo Tiempo, y con la otra los cabellos de la Ocasión misma. Pero ¿á qué seguir describiendo tan asombrosas ingeniosidades, y tan vivas imágenes en pronóstico de la victoria y en confianza de las virtudes del señor Don Juan de Austria? Solo no puedo callar cuánto mayor fué mi suspensión y cuánto más grata todavía, al ver una viga *muy grande, dorada, labrada de grutescos*, en el estanterol, *hermosa columna fundada sobre el tabernáculo, pieza asentada sobre el pedestal en dos delfines y tres tortugas, que declaraban cuán templada ha de ir la velocidad con la tardanza*. Había en el pedestal pinturas; pero me robó toda la atención un soneto, que me dijeron ser de aquel nuestro divino amigo, del gran Fernando de Herrera, soneto que tengo y tendré en la memoria cuanto me dure la vida.

—¿Cómo? dijo en tal sazón el amigo: ¿un soneto, y de nuestro Fernando de Herrera, aquel que cantó mil bendiciones á Dios por las infinitas que sobre España derramó en la victoria de Lepanto?

—Sí, prosiguió Cervantes, aquel que tenía tanto espíritu en las palabras, tanta majestad en los versos, y tanta fuerza omnipotente en el estilo para el entusiasmo.



—Tan por extremo aficionado soy á Fernando de Herrera, que venero su nombre. ¡Cuán sin ociosidad vivió siempre! Frecuenté mucho su trato y morada, hasta que murió piadosa y felizmente, como varón constantemente dispuesto para la eternidad.

—Indecible merced me haría la vuestra en recitarme ese soneto, noticia para mí de no menos novedad que alegría.

—Pues vuesa merced la pone en ello, mal puedo dar desvío á vuestra súplica. Decia así:

Diestra heróica de Carlo, que igual mira  
Del cielo vivo en vos vuestra victoria,  
Seguid, que ya el valor de toda historia,  
Rendido al vuestro, con dolor suspira.

Domad del alto piélago la ira,  
Que es la tierra pequeña á vuestra gloria;  
Dando el imperio á España y lá memoria  
Que por vos ora á el Assia sola aspira.

No puede ser mayor la gloria vuestra,  
Aunque es menor que vos; y vuestra fama  
La grandeza del cielo abraza y cierra.

Podeis cumplir esta esperanza nuestra:  
Que para ella Europa toda os llama,  
Pues sois Neptuno en mar, Marte en la tierra (1).

—Portentoso es el caso, exclamó el amigo, ocultos los juicios de Dios, inexcrutables sus causas, corto nuestro conocer, y desvanecidos nuestros pensamientos: ahí teneis el vaticinio de la victoria, escrito en la misma nave que iba á la pelea; vaticinio del que luego había de dedicar versos é historias al suceso, con aquel ardimien-

(1) Hállase en el MS., de Juan de Mallara, citado.

to de espíritu y brio en el lenguaje que le alcanzaron tanta fama. ¡Ay, Sr. Cervantes! los hombres no somos incrédulos de Dios; pero, las más veces, lo somos de sus grandezas. Como cosa indispensable en mi gratitud y afecto, creed que deseo que de Dios hayais el placer que me habeis dado con esos versos tan del ingenio de Fernando de Herrera. Y ahora no os detengais en vuestra narración, que mis deseos se avivan y mi impaciencia crece.

—Salió nuestra armada al encuentro de la turquesca. Las flámulas, las banderolas y los gallardetes eran de diversos colores: azules los de la galera real de D. Juan de Austria y naos pequeñas; blancos, los de las del Marqués de Santa Cruz; amarillos, los de las venecianas; verdes los de las de Juan Andrea de Oria. Entonces dije: ¡Oh, Dios mio! segura prenda de su bondad, para conmigo, es concederme pugnar por mi fe bajo una insignia del color verde, color del escudo de los Cervantes y de los pendones que en la guerra con el moro usaron mis progenitores (1).

La mar venía soberbia y poderosa, y hasta contraria, cuando entramos en el golfo de Lepanto, donde la armada enemiga nos esperaba, dirigiéndose á nosotros favorecida del viento, en forma de media luna. Don Juan de Austria ordenó la nuestra en la de una cruz perfecta. Azotadas del viento las olas, azotaban y salpicaban nuestras naves. El más desalmado marinero, el más blas-

(1) El pendon verde de los Cervantes conservábase en Sevilla, parroquia de *Omnium Sanctorum*.



femo soldado, el cómitre más duro, todos á una eran solícitos, humildes, obedientes y rendidos. Su Alteza, en una fragata, barco de más ligereza que el esquife, y que las galeras usaban en sus menesteres en el mar Mediterráneo para descubrir ó reconocer, ó llevar mensajes de una nave mayor á otra, iba cual señor animando á todos, y aun como camarada, familiarmente á los que más cerca veía. Tornó á la galera, y en ella alzó (como real estandarte del príncipe de nuestra libertad) la cruz, y en ella Cristo desnudo, herido y llagado. Apenas se puede encarecer pero ni significar lo que nos encendimos todos en la esperanza del triunfo, viendo en D. Juan de Austria un caudillo tan grande cuanto mayor ni igual se imagina, y al saludar la imagen de Dios que iba á presidir el combate: «¡Sea su bendición sobre nosotros, oh Jesucristo, tú que bendito eres para siempre!» escuchábase en una galera, y de otra respondían: «¡Fortaleza, vida y salud nuestra, levántate, oh Dios, en nuestra ayuda; tú, loor y gloria nuestra, y bendito en los siglos!» En tanto que en otra repetían: «¡Dios, nuestro ayudador en las tribulaciones que nos cautivaron, defiéndenos de los enemigos de tu nombre y danos fuerza para resistirlos, porque en algun tiempo no se alegren de nosotros en nuestra desventura!»

Seguía acercándose la armada turquesca; y nos parecía oír á los cautivos cristianos, forzados al remo y en la cadena sirviendo á las armas de la injusticia y de la maldad, en sus gemidos aumentando los de las turbadas olas, los suspiros del viento con los suyos, y con tiernas oraciones y sentidos ruegos, llamando á los santos del cielo

para que fuesen en nuestra ayuda con la victoria, y los redimiésemos de la necesidad, del trabajo, del desconsuelo, de la dolencia y del dolor de las heridas por el castigo.

Recibida la bendición de los padres de la Compañía y de los Capuchinos, enviados por Su Santidad al intento; no bien sonó el cañón de crujía en la galera real, anunciando que nos apercibiésemos á la lid, ¡cuán de ver era como en unidad y concordia maravillosa nos llamábamos hermanos; sí, hermanos, en una religión y una esperanza! Respondimos al estrépito del cañón con aquel acento con que el español siempre vencedor cree que Dios lo apadrina, al decir: «¡Santiago, cierra, cierra, cierra España; Dios, y á ellos!»

Los religiosos nos exhortaban á no desesperar de la victoria, con un divino lenguaje que apenas puede repetirse con la propiedad y la alegría que lo percibimos. Cambióse el tiempo en nuestro auxilio; convirtiéndose en regalado el viento, y el mar en manso y agradable.

Empezó la batalla: en tal punto acometen, en cual se defienden; tocan los atambores á victoria, porque ninguno desmaye. El humo de la pólvora oscurece el aire: no se oyen los gritos de los más con los tiros de los cañones y mosquetes y con el chocar de las armas; quiebranse allí las gúmenas, acullá el mástil; una bala lleva delante de sí el timón y gobernalle; otra rasga las velas; otra destroza la obra muerta; aquí suenan los golpes de hacha cortando las entenas; claman «¡defensa!» en esta galera; desmorónase un pedazo de una enemiga, y de tropel se entran á porfía los nuestros. Huyen unos, no les aprovecha, todos resisten: de la reflexión de los tiros, aseme-



jábase la mar á un lago de fuego, á veces; en otras, de la blancura de las olas espumosas y del resplandor de los mismos tiros, entre nubes de humo, resultaba una confusión espantosa y nueva á la vista.

Las galeras de Juan Andrea de Oria formaban el cuerno ó brazo derecho de la batalla. En él me encontré, con alta gloria de soldado; y con propio valor tuve parte, aunque modesta, en aquella victoria.

Las galeras enemigas nos combatieron, entendedlo bien, á las de Andrea, *bravísimamente y con furia desatinada, que apenas se le podía resistir*. No lo digo en encarecimiento de nuestro peligro y esfuerzo: es la relacion de nuestro amigo el divino Herrera, quien ahora la repite por mis labios. En un esquife, á la cabeza de doce soldados, peleé hasta que herido de dos arcabuzazos en el pecho y uno en la mano izquierda, hube de ser llevado á la galera la *Marquesa*. Necesidad tenía de descansar, si el peso de mis dolores y heridas me lo hubiera consentido; pero, aun más que ellos, atormentaba mi alma no poder combatir la soberbia del enemigo. ¡Cuántas veces anhelé tornar á la batalla; y cuántas me negaron el permiso, porque me decian que aquello no era ir á lidiar sino á morir seguramente! La energía estaba en mi espíritu, el desfallecimiento en mi cuerpo. Callé, no pude reposar, sufría, y confié en Dios. Y ahora considerad cuál sería mi impaciencia y cuál mi pena luego, al verme prostrado y saber que nuestras galeras persiguian las de Ochialí, que en confusión ignominiosa se hacian á la mar. Consolábame un buen religioso, que no tenía para mí sino palabras de vida; y no de la nuestra, que es precedera.

Dios me enviaba de este modo su luz y verdad. Quien en tal estado se viere, crea que está cerca el cielo. Sonó al fin la segura voz de la victoria; no sólo era cierto sino sin duda. Habíamos dado en los enemigos con tanta ventura y tal esfuerzo, que los desbaratamos. Dios deshizo en nada las iras de los turcos que atribulaban á la cristiandad, como á los que salieron á combatirnos. Quedaron libres los cautivos que tenían presos en sus galeras los contrarios; todos libres por Dios, los que sin él perecieran. Bien en confianza de su misericordia arboló Don Juan de Austria la cruz; D. Juan, á quien todos llamábamos héroe más merecidamente que nunca.

Trás la victoria pasamos al puerto de Petela, donde se atendió á la primera curación de los heridos; y dias despues nos trasladaron al hospital de Mesina. Cada hora crecíame más y más la calentura. En mis affigidos sueños creía ver á mi madre con más achaques y dolores que canas; mi madre, que me consideraba dignísimo de todo amor, y que ofrecía á mi cariño y á mi memoria todo su desconsuelo: la muerte de su hijo en el alma, siempre y siempre juzgando eterna mi ausencia. Seguía viéndola, sí, pero como trás nube. Y en tanto gemía, y la llamaba con mis lágrimas. «Si te retirás de mí, le decía, ¿á quién me volveré; y quién hay, fuera de tí, que en el mundo pueda darme consuelo? Hablo contigo, contigo, porque eres la que conoce lo interior de mi corazón más enteramente que yo. En tí sola pienso en mi tribulación; sólo á tí deseo en este instante, y sólo por tí suspiro, por tí á quien nunca he pedido sin esperanza de consuelo. Tu amor divino y santo y lleno de dulzura me



acompaña en mi soledad y da vida á mi alma. Creo que si me llegas á mirar sanaré de mis heridas. No tendré en mi dolor alivio hasta que en mis oídos suene la palabra que tanto desea mi espíritu: «Tu madre viene á tí!» De repente parecióme oír su voz diciendo á sus amigas: «Estoy anhelando saber si mi hijo vive, y me consolais con la victoria. ¿Qué me importa, si á mi hijo querido no tengo ya? ¡Oh, Miguel mio, y cuanto mejor es un día á tu lado, que mil años en esta amarga vida! ¿Puedo pedirte, Dios de mi corazón, que alargues la mía, que hasta ahora me has conservado; y no me será posible de hoy más pedirte la de mi hijo? Si antes era para mí un tormento no estar con él, ¿cuál no lo será el creer que no he de estarlo jamás? Mi alma reside en mi hijo, y yo me encuentro sin ella hasta que la coja de su boca. Todavía la memoria de estas lágrimas, despues de tantos años, hace brotar las mias. El deseo de los dulces besos de mi madre no me abandonaba en medio de la fiebre. Fuése desvaneciendo poco á poco la imagen de aquella á quien contemplaba sentir verse privada del nombre de madre, al quedarse sin mí; y me pareció que la sustituía la de una hermosísima doncella, pero hermosísima á toda maravilla. ¿Quién puede señalar linderos á la clemencia de Dios? La tenía tan en mis ojos, que creía contemplar á la Virgen bendita, la gloria del linaje humano, el ornamento del cielo, la más dichosa de las hijas de Jerusalem, la consoladora de nuestro destierro, á la despues de Dios, más santa de los santos, al tesoro de la vida inmortal; y díjeme: ¡Oh María, sé mi amparo ahora y siempre, mi guía, mi amor, mi esperanza!

Y no bien hube pronunciado con el pensamiento mi deseo, y cuando en más profundo sueño estaba, oigo junto á mi lecho una voz conocida: era la del Sr. D. Juan de Austria. Despierto imaginando que todavía soñaba. Su Alteza, en el hospital, socorría con dones muy de su mano á los heridos, y los alentaba diciéndoles: «Con la fe venceremos nuestras miserias y desconsuelos.» Nosotros con D. Juan de Austria, y D. Juan de Austria con nosotros, todos nos mostrábamos alegres. «Quéjense y digan á Dios su dolor, nos repetía; y de Dios esperen todo bien, porque jamás cae en olvido de sus palabras. Así como nos concedió la victoria, así os otorgará la vida, y aun la vida eterna, siguiendo por las huellas de su voluntad santísima el camino del cielo.» ¡Cuán propias palabras del generoso príncipe que, al dar cuenta á su Rey y hermano, le decía desde Petela: «El buen suceso..... hase de atribuir sólo á la gracia de Dios, nuestro Señor, y á la buena fortuna y grande bondad de V. M.»

¿Y qué más he de referiros, amigo mio? Hasta Marzo no sané de mis heridas; volví en Abril á las armas contra los infieles, siempre con buen suceso. Debilitóse el poderío de la Liga. Los venecianos se apartaron de ella cuando más les convino, amistándose con el Turco. Bien lo previó el gran D. Diego Hurtado de Mendoza, desde su destierro de Granada, al escribir antes de la batalla: «Mis amigos los venecianos me parece que andan con el Turco al pelo; no dejarán de solicitar al Rey que les ayude; y esto será para hacer más ventajosamente su paz.»

Ya, pues, sabéis que si en la jornada de Lepanto no



me mostré más que todos, al menos como entre los mejores de todos. Cautivo despues, cautivo, sí, y ninguno lo estuvo tanto en Argel; rescatado, y sin rastro de esperanza que se me logre en mi larga vida, ¿pensaréis que sólo puedo con razón hablar de tristezas y despechos y quejas de abandono, y que he menester de mucha necesidad de paciencia, á pesar de tantas ocasiones como he tenido de perderla? No lo imagineis: de cualquier cosa los desdichados tomamos motivo para alentar nuestras esperanzas.

Ni he llorado mis desgracias, ni he festejado mis efímeras venturas: soy hombre á quien no pueden desvanecer bienes ni desesperar males. Y ¿por qué no? Dios siempre me da consuelo en las cosas del alma. Vedme viejo y enfermo; y no por eso sin alegría. ¿Hoy no habeis escuchado, cual yo, al predicador recordarnos las glorias de aquella batalla, y decir con Moisés: «Cantemos al Señor alabanzas, pues se mostró gloriosamente, dando con el caballo y caballero en el mar. Fortaleza nuestra es Dios: Él nos causó la salud; este es Dios nuestro; debemos glorificarle; Dios favoreció á nuestros padres, y nos obliga á eterna alabanza. Anduvo este Señor como varón guerrero; omnipotente es su nombre..... Tu diestra, Señor, fué toda nuestra fortaleza, no humana valentía; tu mano valerosa fué la que venció y la que deshizo al poderoso enemigo. Así lo confesamos humildes y reconocidos, dando solo á tí las gracias de todo.»

¿No habeis, cual yo, también escuchado las alabanzas á la Reina del cielo, las del santo pontífice Pío, las de Felipe II, las de D. Juan de Austria?

¡Oh, con mi alma las repetía! ¡con mi alma, sí, como las tributadas á los que murieron por su fe, por su Rey, por su patria y por su honra!

Y ya que vuesa merced sabe lo que por mí pasó en tal trance, inferid la grandeza de mi sentimiento al ver que el orador sagrado saludaba con júbilo y gratitud desde la cátedra del Espíritu Santo á los que aún vivimos: nos saludaba con loores, y loores los más sublimes y los más dulces, llamándonos soldados de Cristo, y trayendo á la memoria aquel verso apropiándolo á la batalla: «Mi alma á los príncipes y soldados de España engrandece; mi lengua á los que de propia voluntad ofrecieron sus vidas al peligro.»

Sí, es indudable; el favor de Dios para todos en la batalla vino, lo mismo para el que se halló cerca del fuego y de las cuchillas de los infieles, como para el que estuvo lejos.

Por eso habeis visto que las lágrimas han bañado mis mejillas; y que, rendido ante Dios, le daba las gracias por la recompensa que en ese instante concedía á todos los sufrimientos de mi vida, al verme elogiado á presencia de nuestro Dios y en su santo templo.

—Guarde Nuestro Señor á vuesa merced, exclamó aquí el amigo, con las felicidades que puede, y que en su bondad serán mayores que las muchísimas que le deseo. Me habeis descrito la batalla, en lo que á vos toca, con breves y oportunas palabras, diciendo más de lo que yo sabría decir en muchas.

En tanto habian vuelto á entrar en la ciudad los dos amigos, á tiempo que un religioso de la orden de la Santa



tísima Trinidad les demandó limosna para redimir cautivos. Cervantes se adelantó, sacando de su bolsa dos monedas de cobre y diciendo:

—Para esta obra de caridad y gratitud sirve de medida mi pobreza, no mi corazón.

El amigo dió varias monedas de plata al religioso, quien se quitó la capilla, saludando á ambos con estas palabras:

—Gracias á Dios.

Mientras el religioso proseguía su camino, exclamó el amigo:

—Ahora bien, ¿por qué á la persona que concede el beneficio no muestran su gratitud estos padres trinitarios?

—¡Ah! respondió Cervantes; porque las gracias sólo se deben dar á Dios.

—¿Y por qué no igualmente á los hombres?

—Porque la gratitud se ha de tributar á Dios, pues nos concede el inmensísimo bien de llegar á los hombres cuando están en una buena hora.

—Sobradísima razón teneis, respondió el amigo. Y ahora, con sentimiento habré de separarme de vuestra merced, pues debo partir para Sevilla esta tarde.

—Y yo para Madrid, dijo Cervantes, donde me espera, amorosa como siempre, mi Catalina. Un alma y un corazón tuvimos y tenemos, un sí, un no, un querer, una voluntad, una esperanza.

—Dios os conserve favorecidos de los dones del cielo.

—Y cuando volviéredes á Sevilla, no olvideis, añadió

Cervantes, dar mis memorias á los amigos, si algunos puede tener quien de tan poco les puede ya servir.

—Al abrazarle el amigo en señal de afectuosa y quizás última despedida, por la ancianidad de ambos, le dijo:

—Lo mejor había entregado al olvido. Dejádme besar la medalla que San Pío V mandó batir en memoria del suceso, con su rostro en una parte, y en otra la batalla y una inscripcion, que en latin dice: «Tu diestra, Señor, hirió al enemigo.» Debeis conservar ese recuerdo, como soldado de Cristo en esa jornada.

—¡Ay amigo! replicó Cervantes. Pedís un imposible. Al ser cautivo de los infieles perdí por la violencia esa medalla, que hubiera querido llevar conmigo hasta el sepulcro, bendecida como estaba por el Sumo Pontífice, y regada con mis lágrimas.

—¡Oh! dijo el amigo, estrechando contra su corazón y besando la mano izquierda de Cervantes. En vuestro cuerpo, en el sitio de esa herida, teneis estampada otra medalla de aquel glorioso combate: también la bendijo Pío V; tambien está bañada de vuestras lágrimas, y todavía más, de vuestra heroica sangre. En la señal de la misma herida leo igualmente la inscripcion. Sí, no hay que dudarlo. Ella dice muy claramente: «Tu diestra, Cervantes, hirió al enemigo.»